

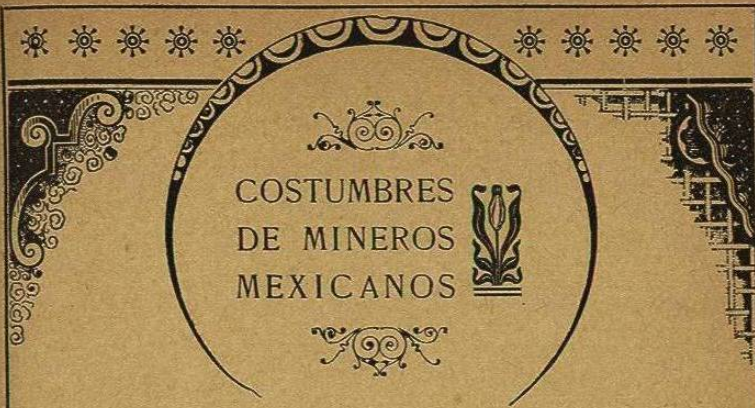
Próximamente se publicará la novela
"Mujer Valiente" que será la continuación
de "Los Bribones."

154

CURIOSA VENGANZA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año, 1925 MONTERREY, MEXICO

CAPILLA ALFONSIANA

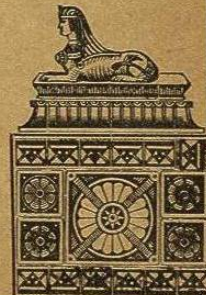
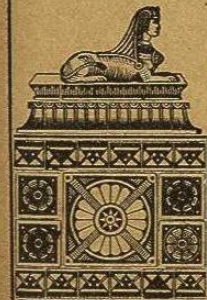


COSTUMBRES
DE MINEROS
MEXICANOS



CURIOSA VENGANZA

POR RICARDO COLT,
INGENIERO DE MINAS



RAMON DE S. N. ARALUCE

MEXICO.—Callejón Santa Inés, 5
BARCELONA.—Calle de Bailén, 135

CAPILLA ALFONSEINA

NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al Sr. Don

Francisco Banuel, Sr.

Cariñoso recuerdo.

Stla, Oaxaca. 1901.

CAPILLA ALFONSIÑA



I

En la primera semana del mes de Noviembre de 189... después de grandes preparativos y de recibir amplias órdenes de la Junta Directiva, llegué á la mina de *El Muerto* y *Anexas* para emprender los trabajos necesarios á una exploración y explotación en grande escala que se quiso hacer desde luego de ese famoso y rico negocio minero. Estaban grandemente interesados en él la mayor parte de los capitalistas del Estado, así como otros de la Capital de la República, pues por notables bonanzas extraídas de ahí antiguamente y cuyos documentos se poseían, así como por la uniformidad de parecer de varios Ingenieros que sobre dicho negocio presentaron informes y estudios de peso y valía, se justificaba la inversión de un fuerte capital. Entre los Ingenieros que informaron, el que estas líneas escribe fué uno de ellos, y aunque el más humilde, cúpole en suerte ser el designado para dirigir los trabajos.

Llegué con un numeroso cuadro de empleados á guisa de Estado Mayor y como era grande el empeño de la Directiva y no querían detenerse por economías mal entendidas, la cosa fué rumbosa y no se hablaba de otro asunto en veinte leguas á la redonda. La gente trabajadora estaba de plácemes y todas las haciendas circunvecinas iban quedando sin gente, pues nosotros pagábamos al *contado* y *en plata* el triple, y el trabajo era menor, aunque rudo y peligroso á veces.

Como empezamos á llevar para la Negociación gran número de maquinaria: malacates, calderas, compresoras, ventiladoras, taladros y una gran instalación para beneficio, tomando todo esto de la estación de la Rosa del Ferrocarril Central, la más cercana, es decir, diez y ocho leguas, hubo necesidad de componen los caminos, que estaban pésimos, de una manera radical, pues debían utilizarse después del transporte de la maquinaria para el acarreo de los metales ricos.

En estos trabajos y en las obras de la misma Negociación que eran muchas, pues no existía nada y hubo necesidad de fabricar é instalar bastante, se ocupaban algunos centenares de operarios, de manera que las haciendas circunvecinas quedaron sin brazos y sus dueños y administradores hechos unas furias contra nosotros.

Si á esto se añade que las minas de *El Muerto* y *Anexas* están ubicadas precisamente en el linderó de las haciendas *El Olivo* y *Río Grande*, de cuyos terrenos hubo que tomar, judicialmente, pagándolas según peritos, algunas hectáreas para casas, oficinas, patios, Hacienda, etc., etc. se verá que los dueños de *El Olivo* y *Río Grande* eran nuestros peores enemigos.

Además, los mineros, gente rapaz y de poca conciencia, tienen malá fama por sus borracheras, pleitos, raterías, etc.; y si á esto agregamos que la señora dueña de El Olivo, fué antes principal accionista de las referidas minas, cuyos derechos perdió en un ruidoso pleito que sostuvo con la Sociedad Anónima que ahora las trabaja, se comprenderá que ahí era donde menos nos que rían ver, siendo por desgracia, precisamente por donde teníamos que pasar con frecuencia, pues era el único camino para el pueblo de San José y la estación de la Rosa.

Luis Leal, el ingeniero topógrafo encargado de abrir el mencionado camino entre las minas y la estación y de trasportar la maquinaria, llegó un día á verme al campamento provisional que en la Negociación habíamos instalado. Era un muchachote alegre,

trabajador, inteligente, de una fuerza hercúlea y muy capaz de tener amistad con el mismísimo diablo. Mucho me llamó la atención su llegada, pues era en mitad de la semana y venía desde seis leguas de distancia donde trafa á su gente, sudoroso, roto, lleno de polvo y con una cara tan fosca y avinagrada que no se le conocía, dado su constante buen humor.

—Figúrate—me dijo apenas se bajaba del caballo, sin saludar siquiera,—figúrate, que la vieja payasa de doña de doña de doña Canuta Malayerba, me ha hecho una de los diablos que no le perdono nunca

—Y lo que más me arde, continuaba, y me tiene quemado de rabia, es que la nobilísima doña Pergamino es viuda y tiene puras hijas, pues de lo contrario me hubiera quedado la revancha con uno de los hijos ó con el marido. Pero, nada puras viejas, rediós, puras viejas. ¡Y qué viejas! Pero sobre todo ella, la reina madre de las viejas

Y seguía hablando como un borracho. Yo no entendía nada pero me daba mucha risa lo de las viejas, así como los gestos y gritos de Luis, pues era tal su nerviosidad, que me hablaba como si yo fuera un sordo tapia. Un austriaco, el mecánico Snurff, hombre socarrón que hablaba pésimamente el castellano, y que casualmente pasaba por ahí con unas llaves de tuercas en las manos, se acercó curiosamente á ver lo que pasaba. No sabiendo tampoco de lo que se trataba, pero con intenciones de hacer rabiar al colérico ingeniero, le dijo interrumpiéndolo:

—Pues hombre, cómesela tu esa vieka tu abuele bunito

—¡Gringo bruto!—le contestó Luis viéndolo ferozmente.—Y á tí ¿quién diablos te mete aquí? Tú, Güanzarotas, largate á tus fierros ¿he?

—Yo traer á tu agüele ese y mucho bueno aquí fandanga, de yoquis

Por poco se agarran de las barbas. Intervine ya serio, é hice entrar á Luis á mi cuarto, para saber lo que había sucedido.

La cosa era sencilla y natural. La señora dueña de la hacienda de El Olivo, Doña Gertrudis Morón viuda de Lara y Sáncho de Tagle, de ilustre abolengo nobiliario en la República, según dices, y como tengo apuntado, enemiga encarnizada de todos nosotros, veía con mal disimulado odio nuestros trabajos y más aun los que tan de cerca le tocaban, aun cuando fuesen, como el camino, para beneficio de su misma hacienda. Así es que se batía en retirada con su abogado el Lic. Castillo Contreras, una de las lumbreras del foro de la Capital, hombre rico, de muchas campanillas é influencias, y hasta pariente de la señora Doña Gertrudis Morón viuda de Lara y Sancho de Tagle.

En esos días el abogado veraneaba en la hacienda de El Olivo con su esposa é hijas. Al principio nos pusieron en todo grandes obstáculos que se pudieron vencer, entrando luego en una tregua que nos dejaba trabajar con tranquilidad; pero de pronto, ese día, y cuando más atareado estaba Luis con su gente, se presenta un cabo de auxiliares que era el mayordomo de la hacienda, acompañado de 25 ó 30 hombres, la mayor parte á caballo, y armados de todas armas, es decir, como cada cual pudo hacerlo.

Llevaban una orden del Alcalde «pa que tan luego como la «lamera Don Leal, sin más dilacion y ostaculo suspendiera los «trabajos por ser invacion de domicilio, teniendo orden el Cabo «señor Zecundino Gomez, (éste era el mayordomo) para que si «precenta dicho Don Leal resistensia lo traigan maniatao con to- «dos sus piones á Este Juzgao ct.»

En vano trató Luis de convencer al mayordomo testarudo y medio borracho de que aquello era una tontería, una estupidez que podía traerles fatales consecuencias, pues el idiota sirviente sólo se sonreía con torpe y grosera malicia.

Por un momento vaciló Luis, ciego de cólera, en batirse como un Fierabrás en descomunal batalla con toda la gentuza, pues lo exasperó esta frase del ranchero:

—Ande usted Don Leal, quíte su trique (el teodolito), arrié su gente y váyase clavo á clavo. ¡Váyase por la güena!

Pero pensó que vencedor ó vencido era el que necesariamente tenía más que perder y optó por ir él mismo á la hacienda y entenderse con la dueña. «¡Nunca lo hubiera ni pensado el infeliz!

Dejo la palabra al adolorido compañero para solaz del lector:

—Cuando llegué á la *casa grande* de la hacienda, me decía, estaba toda la familia en los corredores. ¡Puras viejas! Me bajé junto á la reja que circunda el jardín del frente y aun cuando ahí andaban varios mozos, nadie salió á tener mi caballo.

—Lo amarré de uno de los barrotes de hierro, á un lado de la puerta de entrada. Apenas habría dado unos cuatos pasos por la callecita del centro, enarenada y limpia, con macetones azules á uno y otro lado, flores, enredaderas, etc., cuando se me echaron encima como seis mil pesos de perros de todas fchas, tamaños y figuras, bravos como avispas, á los cuales, á fuetazos, pude difícilmente tener á raya. Nadie se movió tampoco. Yo estaba que ardía. Antes de subir los primeros escalones para llegar á donde estaban las viejas, sostuve otros dos asaltos de los malditos chuchos. Por fin llegué. Cortesmente, aunque no lo merecían por mi vida, me quité el sombrero saludando á la vieja madre Doña Demonio y comparsa. Nadie contestó ni se movió lo más mínimo. Parecían monos de cantera. Eran seis ó siete las muchachas damas de honor que formaban estrado, estando en el centro la vieja Doña Cotufa, vestida de verde, blanco y colorado, con toda la fachadota encalada y la cabeza con más chinós que una zalea. Volví á saludar dos veces, pero mi voz se ahogaba con el desesperado ladrar de los perros. La misma contestación: nada; y muchos ojos viéndome, pelones, relucientes y fijos, como de muñecos. Como te figurarás yo no encontraba qué hacer. Intenciones tuve de salir con una perrería. Por fin, la vieja madre, gritándole con chillonsísima voz á un mozo llamado Tiburcio, cuando éste se presentó, le dijo señalándome:

—Lleva á ése al salón.

Como autómatas seguí al sirviente, pasando junto á ellas que sólo movieron los ojos según yo caminaba, como los mueven los tecolotes de los relojes de péndulo á cada oscilación de éste. El mozo en vano trató de abrir á empujones la puerta, y como no lo consiguiera, díjome con sorna, *aguardese valecito*, y fué á quitar el pasador por dentro. Tardó bastante. Yo de pié junto á la puerta, dando la espalda á las viejas que charlaban y reían como si nada sucediese, me quedé atontado por un momento.

No sabía qué hacer. Pasó tardamente por mi bruta cabeza la idea de que se divertían conmigo, y volviéndome rápido, ciego, resuelto á todo, me dirigí á la vieja, diciéndole:

—Señora yo vengo, y usted perdone, á tratar con usted un asunto

No me dejó continuar, pues levantándose con toda su gente, me dijo con un tonito que me dejó boquiabierto:

—Espere usted ahí.

Y se fueron. El mozo había abierto la puerta del salón y entré. Estaba elegantemente amueblado y había muchas cosas de arte al lado de otras muy costosas. Me senté junto á un piano de cola que tenía en el atril unos papeles de música. El criado se metió en el hueco de una ventana, detrás de las cortinas, mudo, cruzado de brazos y viéndome. Ahora después comprendo que lo pusieron de centinela para cuidarme, quizá temerosas de que me llevara algo, y también para maniobrar afuera con toda libertad en mi contra. ¡Me valga el diablo, todo estaba preparado! ¡Qué bestia soy, rediósl!

Esperé más de una hora agotando paciencia y bilis, y en vano fué que intentara echar el asunto á broma, pues cada suceso me sacaba de centro. Dos veces hablé con el maldito sirviente y no me contestó. Para distraerme, trataba de leer los papeles que en el atril del piano había, cuando entró lentamente, cojeando y descalza, una chamagosa vieja gata, y me dijo que si yo era el que

quería hablar con la *siñora* condesa, que cómo me llamaba y para qué la quería ver. De mala manera le dije mi nombre que, á pesar de no ser difícil de retener, me hizo repetir dos veces en voz muy alta, pues la gata era, ó se hacía, más sorda que un adobe. Entonces me parece que oí risitas y ruido de faldas detrás de una vidriera que estaba á mi izquierda. La vieja se fué lentamente, cojeando y limpiándose las narices con la orilla interior de las enaguas que se levantaba impunemente. Media hora después apareció un mozo, descalzo también, afeitado como un cura, afeminado y que olía á cocina. Con repugnantes gestos y tono de voz desesperante me preguntó si yo era Don Leal, óyelo bien, Don Leal, y como le contestara que sí, haciéndome gestos y ridículas contorsiones me dijo:

—Pues sígame, mialma!

Tras el odioso afeminado, que de vez en cuando volvía la máscara para verme, relamiéndose y haciendo bizcos, atravesé dos cuartos que no sabré decirte cómo estaban, pues yo nada veía, ni sabía dónde andaba, ni á qué iba. Abrió por fin una puerta y me dijo pavoneándose á un lado:

—Pase usted, mialma, que lo esperan.

Levanté una pesada cortina y aquí va lo bueno. Yo no sé qué habrías hecho en mi lugar, pero la verdad es que no te deseo un trago tan gordo.—Era una salita, más bien un gabinete, de tres metros de ancho, por cinco de largo aproximadamente. Al frente había tres sillones, ocupando el del centro la vieja Molkas, causa de todo, y teniendo á sus lados otras dos viejas de igual pelo, alzada y mañas. Las tres estaban escandalosamente ataviadas, pues ni para un baile se hubieran puesto tanto dije y adorno: espantaban. A la izquierda había cinco muchachas, creo que guapísimas, y á la derecha, de uno y otro lado de la única ventana que daba luz, otras cuatro, todas lo mismo de peripuestas. Eran por todas viejas y muchachas, doce. Ni una silla desocupada, y como yo la buscara instintivamente, ví que á mi espalda y á los la-

dos de la cortina que levanté al entrar, había cuatro mozos muy feos y vestidos de negro como enterradores, serios, tiesos y cruzados de brazos. Figúrate el pelicano que haría yo en mitad de aquella corte con mi sombrero en la mano; mis bototas llenas de tierra, mi chaqueta de dril color de hormiga, las barbas estas de divino rostro de rancho, en completa anarquía; el mechero belesco de suyo rebelde en peor estado aun, sin tener donde sentarme y como toro en plaza. Aturdido; traté de salir del paso lo más pronto posible.

—Señora,—empecé, tartamudeando,—he venido como usted compren . . . Iba en esto de mi laboriosa peroración, cuando todas, á un tiempo, en coro, me dijeron como si contestaran, inclinando un poco:

—¡Muy buenos días!

Me quedé patidifuso: el golpe era certero. Estaba hecho un patán, y perdía los estribos. Todos aquellos ojos, principalmente los de los lados, es decir, los de las muchachas, me picaban como agujones. ¿Qué hacer? ¿Cómo salvar la situación de una manera digna? ¿Cómo sacar siquiera aquello, el honorcillo, aunque fuese en rastra? Recurrir á medios extremos era *piur*. El ridículo en que estaba y que con tanta candidez fui yo á proporcionar, me ponía ciego y tembloroso. Sudaba por todos los poros y en vano era todo esfuerzo para decir á lo que iba, pues me parecía que á pesar de aquel chusco aparato de seriedad, á mis primeras palabras iban todas á soltar una formidable carcajada. Por un momento tuve la idea de echar la cosa á bróma, y soltarme cantando con mi bonita voz de barítono casero el prólogo de Payasos, pero no me acordé de una nota, y, además era meterme de cabeza entre las tijeras de aquellas hermosas señoritas y hasta de las viejas. Noté, ó más bien adiviné que algunas de ellas se reían indistintamente y esto me obligó á brincar.

—Señora—le dije con la voz más áspera que pude encontrar, —no comprendo estas farsas, ni qué significan. Vengo sencilla-

mente . . .—Advierta usted—me interrumpió poniéndose majestuosamente en pie, lo que imitaron todas,—que soy una dama, que está usted en mi casa, que debe moderar sus palabras, y no obligarme á que lo trate como á un villano canalla, es decir, mandando á los mozos que lo expulsen como á un perro.

—¡Que lo intenten! ¡Mejor!—grité hecho un energúmeno, no pudiendo ya soportar aquellos insultos. Y sucedió. Apenas sentí una mano sobre mi hombro izquierdo, otras me sujetaron por el brazo derecho, por la cintura, por las rodillas; me echaron una lona en la cabeza, y por más esfuerzos que hice, desesperadamente, fué todo inútil. Con una agilidad sospechosa, me amarraron con una cuerda la lona, fuertemente, por las costillas, con todo y brazos, regalándome de vez en cuando con algunos manotones en la cabeza y cara. Me llevaron en vilo y perfectamente sujeto. Nadie hablaba; sólo oía fuertes pisadas, abrir y cerrar puertas, y después la voz del joto que daba órdenes con su chillar desesperante, dirigiendo la maniobra. Pensé que me llevarían para el interior con intenciones de asesinarme cobardemente. Me apretaron más las cuerdas y poniéndome en el suelo, un maldito se me sentó encima y otros dos me estiraron de las botas con tal fuerza, que antes de sacármelas, me arrastraron un buen tramo. Oí que el *joto* tiraba mis botas lejos, y todos corrieron. Después de esfuerzos inauditos, ahogándome, pude al fin quitarme de encima la fuerte lona y las cuerdas. Estaba en el jardín y no había nadie, ni una alma. Vamos, ni los perros. Con la pistola en la mano, sin sombrero y en calcetines, con el diablo adentro y resuelto á matar al primero que se me presentara, empujé todas las puertas y rompí muchos vidrios. Nadie, ni un ruido, ni una voz, ni pájaros. Esto me volvía loco y empezaba á idear por donde meterme, cuando sacó su repugnante cabeza por la barda de la azotea el malditísimo joto, al que odio más. Verlo, apuntarle y disparar, todo fué uno. Pero el tiro no salió, ni los demás. ¡Se los habían quitado . . . El condenado ni parpa-

deó, y sacándome la lengua, simuló con la boca un ruido indecente, y me dijo:

—Mire, mi alma, guarde su frijolera, porque no hace pum, y váyase, porque si no lecho agua caliente, como á los miches.

—Y cantaba:

No me mates, no me mates,
Con pistola, etc. . . .

Por poco lloro de desesperación. Corrí por el jardín, busqué piedras, no había; salí fuera, traje varias y ya el otro se había *sumido* como el cura del sermón en la plaza, al cual el aire le llevó los papeles.

Reflexioné que lo mejor era retirarme, pues sólo servía mi rabia y desesperación para divertir aquella gente de los apretados infiernos. El joto me gritó sin asomarse:

—Oye, chulo, ojos de sempasúchil, ponte las botas que hasta acá jiede á perro muerto y apestas la casa. ¡Cuidate de los zopilotes! . . . Entonces caí en cuenta que estaba descalzo y fuí por mis botas; me senté en unas macetas, les saqué la tierra que les echaron y me las puse. Lentamente me retiraba agobiado, hecho un pingo, como ves, y al estar soltando mi infeliz caballo que dormitaba, salió otra vez el joto por la azotea y me gritó:

—¡Adios, tú! Bebes unas hojitas en tu casa pa la muina. Besitos á las niñas y á la señora. . . .

Me hice sordo. Al poner el pie en el estribo, me pareció que la silla estaba floja, y ¡oh prodigio! mal me había sentado, cuando el infeliz matalote de mi caballejo se suelta reparando con tal ímpetu y tan tupido, que por más luchas que hice, fuí al suelo de cabeza. El cincho estaba casi suelto del contralátigo. El condenado *joto* bailaba en la azotea como un mono, riendo y gritándome:

—¡Agárrese, mi alma! ¡Agárrese, chulo de mi alma! María

Santísima, y ¡qué sastrel Ay, tú! ¿No te quebrates los güesos, mialma? ja. . . ja . . . ja . . . ¡Probe roto!

Aplausos y carcajadas le hacían coro. ¡Eran ellas!

El pobre de mi caballejo, apenas me tiró, quedóse quieto á pesar de tener la silla por las costillas. Fuí á él, y al componérsela, ví que entre los sudaderos le habían puesto cuatro piedras. ¡Reparara el santo Job! Al registrar las cantinas para ver si unos niveles de mano y un tránsito de bolsillo que traía, se habían caído ó roto, me encontré ¡un tiro de pistola! La cargué disimuladamente, y como el joto seguía bailando y gritándome estupideces, me volví rápidamente é hice fuego. Por mi precipitación y nerviosidad erré el tiro. La bala dió en el pretil, haciendo saltar pedazos de mezcla y ladrillo. El joto se dejó caer como un muerto, de hocico, y ya nadie apareció. Siquiera hice mi retirada en silencio. . .

II

Yo me reía á lágrima viva, según me contaba Luis su aventura. El, malditas las ganas que tenía de hacerlo; antes al contrario, con su misma relación y con sus palabras, se ponía más y más colérico. Quería vengarse de cualquiera manera, con dinamita, con petróleo, incendiando, matando, con toda su gente, todos armados; la invasión de los bárbaros. . . Trabajo me costó contenerlo. Hasta le ordené seriamente no saliera.

—Bien, sí; ¡tú, muerto de risa! ¿Y si te hubiera pasado esto á tí? . . .

—¿Y la gente?—le pregunté.

—Ah, yo que sé. Los tendrían encerrados á todos. Ahí te duele, ¿verdad? pero, yo ¡que reviente! . . .

CAPITULO ALFONCINA